

## Leyendas de montañas, cuevas y cerros misteriosos<sup>1</sup>

Los siguientes relatos me fueron narrados por el señor Gerardo Gómez Villagómez, originario de Yuriria, Guanajuato. Al igual que muchos los habitantes de la ciudad de México emigró de su pueblo natal a causa de la pobreza y las pocas oportunidades de trabajo que prevalecen en el campo mexicano. Llegó a esta ciudad a los 17 años; actualmente tiene 59 años y es jardinero en una escuela preparatoria de la UNAM.<sup>2</sup>

En sus relatos podemos apreciar cómo cada una de las etapas de su vida ha dejado huella en su vocabulario, pues al lado de vocablos regionales encontramos formas coloquiales propias de los adolescentes con los cuales ha convivido en los últimos años. También sus narraciones dan cuenta de sus raíces campiranas y del cariño hacia su profesión.

La entrevista se llevó a cabo hace diez años, en la huerta de la escuela, entre el canto de los pájaros, árboles frutales y plantas de ornato que muestran el interés que les han prodigado sus jardineros, fruto de su amor por el trabajo y por la naturaleza.

Los siete relatos que me contó el señor Gerardo versan sobre acontecimientos extraordinarios; salvo uno, los demás se contextualizan en las inmediaciones de un cerro o en una cueva. El hecho de que la mayoría de los relatos se ubiquen en tales lugares no es fortuito; considero que no solo es un recurso que los ambienta, sino que también revela la concepción mítico-religiosa que

---

<sup>1</sup> La realización de este trabajo formó parte de las actividades del curso Mitos y Leyendas Tradicionales, que impartió la Dra. Araceli Campos Moreno en el Posgrado en Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

<sup>2</sup> La escuela es el Colegio de Ciencias y Humanidades de Naucalpan.

tuvieron los cerros, las montañas y las cuevas en las culturas precolombinas. “El templo mismo era considerado como un cerro sagrado que cubría las aguas subterráneas como una cueva” (Montero, 2001: 35).

Tanto la montaña como la cueva están relacionadas con Tláloc, y, por ende, con la fertilidad y la abundancia. De ahí que el Tlalocan se concibiera como un paraíso, “un espacio debajo de la tierra lleno de agua que comunicaba a los cerros y las cuevas con el mar” (Montero, 2001: 35), y que el *xopan* fuera la “estación del verdor perenne que imperaba en el Tlalocan (Inframundo)” (Morante, 2001; 60), un lugar de permanente abundancia agrícola, prosperidad y felicidad, parecido al que ingresa el personaje del primer relato.

En general las montañas se relacionan con las pirámides, merced a su semejanza geométrica. Sin embargo, en la primera narración esta concepción se invierte. El narrador asegura que el promontorio al que hace referencia (el Cerro Culiacán) “no es natural”, sino una pirámide fabricada en la montaña dado que su forma es muy regular. Es decir, el lugar ritual primitivo, la montaña, ha cedido su importancia a la pirámide.

En el segundo relato se habla de una cueva, solo que en este caso la abundancia no se relaciona con el agua y la fertilidad, sino con un elemento más material y mundano: el oro. El personaje principal es un hacendado, que se convierte en ladrón para robar oro, el cual oculta en una cueva. Después de muerto, se aparece en espíritu, montado a caballo y en traje de charro.

En otro relato, en los alrededores de un cerro (al que el narrador insistentemente señala como un lugar misterioso), un personaje encuentra un cadáver, salvajemente asesinado. Dada la relación montaña-pirámide-templo a la que nos hemos referido, tal vez el encuentro macabro no sea únicamente un relato de terror, sino que también se pueda asociar a los sacrificios humanos que se practicaban en tiempos prehispánicos.

En el último relato, un borracho que camina de noche recoge a una guajolota y a sus crías. Al llegar a su casa, los animales se

han convertido en piedras. En la narrativa tradicional es común que extraños seres nocturnos intercepten a este tipo de personajes a fin de asustarlos y castigar su beodez.

MARTHA ELENA BOJÓRQUEZ  
CCH Naucalpan, UNAM

## 1. [Un paraíso en la montaña]

Esto viene de la, de los ancestros, ¿no?, de mi abuelita. Mis abuelitos comentaban que en el Cerro Culiacán, que está entre Sabino y Victoria de Cortázar, Guanajuato, que había ciertos misterios que resultaban inexplicables.

Ah, mi abuelito platicaba que había un señor que tenía mucho ganado, y era tiempo muy seco; tonces había un, un becerro que tenía, que siempre se mantenía muy gordo, este, y cuando, este, hacía del baño, sus heces eran verdes en tiempo completamente seco. Y le comentaba el señor a su señora y decía:

– Bueno, de dónde, de dónde comerá este animal: siempre hace verde y ahorita está todo seco, no hay pasto verde para que coma, dice; lo voy a seguir a ver dónde se va.

Sí, ya se llevó los animales al campo. Dice que el novillo este se empezó a apartar, a apartar, a apartar y se fue. Y el señor se fue siguiéndolo a ver adónde va. Y llegó a la cueva, y que se mete.

– A ver adónde canijos se metió este animal.

Se metió también el señor siguiéndolo. Dice que, increíble, porque al entrar en la cueva, pues una cueva normal, pero para adentro se fue, este, una vez que entraron había, este, grandes campos dentro, o sea, alfalfares, y, muy verde, era un, un edén adentro y, dice, y, este, el animal, pus, ahí se iba a refugiar, se alimentaba y posteriormente salía.

Ah, dice que entre todo eso, este, había una ciudad donde vendían, pues mucho comercio, había mucho comercio, y dice que pasó mucho rato ahí caminando de un lado a otro y, este, cuando,

antes de que se saliera, y todo él se divirtió mucho, porque [había] muchos puestos, muchas cosas, dice.

– Ay, le voy a llevar unos panes a mi señora.

Y que se compró unos panotes de esos que venden ahí en las ferias, y que le dijo a su señora:

– Mira, qué crees, ah, pues que le dice, qué crees, que ya vi dónde se mete el animal: hay unos campos enormes y verdes, todo muy bonito arriba, dice, y una ciudad; voy a creer que estamos tan cerquita y no nos bíamos dado cuenta que hay una ciudad allá arriba.

– Ay, tú estás loco, cómo va ‘ber una ciudad allá arriba.

– Sí, dice, yo me fui adentro, hay una ciudad, dice, hasta te compré unos panes.

Ya le saca sus panes. ¡Cuáles panes!, dice que era excremento de vaca, seca ya. Le llaman cagarrutas por allá.

– Pero cómo es posible, dice, si yo te compré unos panes.

Son de las cosas curiosas que se dicen al respecto de ese cerro. Según lo que cuentan que ese cerro no fue, no es natural, que fue hecho. Y sí es cierto: de donde, de cualquier ángulo que lo vea, se ve igual. Es una pirámide, se ve como de una forma piramidal.

Otra de las cosas que se manejan ahí, ya por otros medios, dicen que es un, un, una entrada a otra dimensión. Que eso quién sabe, yo creo que es muy difícil que eso, que una cosa de esas se pueda investigar, ¿verdad? Ora sí que, como dicen una cosa, y luego puede resultar otra.

## 2. [La cueva con oro]

Me acuerdo un poquito de las historias que me comentaba el señor Pablo de este señor Tomás Pantoja. El señor Tomás Pantoja era un hacendado, que yo creo que nunca se conformaba con lo que tenía porque siempre quería más. Tonces, era, se hizo como una especie de bandolero o algo así, ¿no? Y siempre andaba bien vestido, con su caballo y su pistola con cachas de oro, plata, y así, sus, siempre muchas cosas así, de llamativas ¿no?, de la riqueza, los metales.

Entonces, este, mencionaban que tenía una cueva donde se reunía con todos sus ladrones, por decirlo, como una gavilla de maleantes, gente que se dedicaba a atracar. Y en ese tiempo, que eran tiempos de los arrieros, había mucha gente que caminaba mucho, desde distintos lugares, porque iban desde aquí, de Real del Oro, desde Michoacán, y llevaban oro, mucho oro, cargas de oro, y los asaltaban.

Dicen que en su cueva hay muchísimas cargas de, este, de mula, que en ese tiempo los transportaban en mula o en caballo, de oro en barras. Pero la cuestión es que nadie se puede acercar, porque el señor, este, se les hace presente y no, este, con, así muy normal se presenta.

Pero depende a quién se las quiera [dar], porque en este caso hubo un señor que se le apareció, una persona muy humilde que andaba trabajando en su tierra, le dice, este, se le acerca un señor en un caballo, pus muy un caballo muy bonito, así, y el señor bien vestido con su ropa de charro, muy, muy gariboleada,<sup>3</sup> ¿no?, dentadura de oro y, y, bien vestido el señor. Y le dice, le habla por su nombre al señor ese.

— ¿A poco me conoces?

— Sí, cómo no te voy a conocer. Siempre te he conocido, desde chamaquito te conozco.

— Pus ¿quién eres?

— Yo soy Tomás Pantoja.

— Nooo, cómo Tomás Pantoja, si Tomás Pantoja ya se murió, dice.

— No, no, cómo se va a morir. Qué no me estás viendo. Yo soy Tomás Pantoja, dice. A propósito, dice, este, te quiero ayudar. Mira, en la cueva hay mucho oro. Aquí está la cueva, mira.

¿No?, y... lo llevó hasta onde estaba la cueva, y dijo:

— Aquí está la cueva. Puedes tomar todo lo que quieras, lo que necesites, ándale.<sup>4</sup> Agarra y llévatelo, no hay problema, dice.

<sup>3</sup> *gariboleada*: 'adornada en exceso'.

<sup>4</sup> *ándale*: 've'.

Entonces el señor, dice, no ya que le hizo que viera todo, lo vio y dice, no, pues muchísimo. Entonces, este, la única condición que le puso, dice, que no, dice que:

– Cuando me vaya, tú no vayas a ver para atrás, dice; eso te recomiendo, no voltiés cuando yo me vaya.

Pero, como luego dicen, la curiosidad mató al gato. El señor agarra y se va, dice:

– Bueno, yo ya me voy. Ya sabes, ahí tienes riqueza para los días de tu vida, para lo que tú quieras.

Y sí, agarra y se va. Y el señor, como le digo, la curiosidad mató al gato. Entons, agarra y pasó un ratito y voltea para atrás, y lo ve cómo iba en su caballo, pero volando así en el aire y envuelto en llamas. Se asustó tanto que el señor se enfermó; no tardó mucho y se murió.

MARTHA: ¿Y dónde está esa cueva?

GERARDO: Se supone que ese lugar está aquí, por el Xoconochtle, por ahí, por esos lugares. Con certeza yo no sé, ni quiero investigar tampoco.

### 3. [El muerto del cerro]

Frente al Cerro Capulín hay otro cerro. Ese cerro se llama el Cerro Santiago, y en ese cerro hay otra leyenda que es, es un tanto espeluznante, porque allí, este, es un, también les pasa a los cazadores que iban en la noche. Pero incluso en pleno día se hace aparecido ese señor, que yo creo que fue sacrificado en tiempos de la Revolución, o no sé de cuándo sería, porque es, es feo. O sea, en esa ocasión, este, en que se les apareció a las personas, también andaban [por ahí], porque la gente caza conejos por ese lugar; son mayormente conejos, que van a buscar conejos. Y ese lugar onde, el paraje donde se hace el aparecido, le llaman El Varal, y ese es en el Cerro Santiago, es enfrente del Cerro Capulín.

Y está bastante alejado, y allí, no sé, pero en pleno día como que se palpa algo que yo nunca entendí. Y es más, en ese tiempo yo ni sabía nada. Cuando era yo niño todavía, tendría yo unos

doce años, y andábamos por allá, y entonces, este, y se daba el caso que yo tenía que caminar por allá, por de aquel lado, por cuestiones del ganado, porque a veces el ganado es muy andariego y camina. Por allá, entonces, le digo, como que se siente uno intranquilo, y jamás entendía. Se siente una especie de miedo, como que siente uno, no sé explicarle: como vigilado, válgame la..., como que algo acecha, ¿no?

Y, este, en esa ocasión iba el señor, este, un señor que se llama José Alfaro y mi papá y un tío que se llama Darío. Y no más, este, ni bían cazado nada, nada más de repente empezó a correr como loco.

—¿Y qué pasa?, ¿no?

Y ya corrió, y ellos lo siguieron.

—¿Qué pasa?, ¿qué pasa?

Nooo, se fue corriendo, corriendo, corriendo; ya caminé yo creo como unos tres kilómetros adelante y se para, a lo mejor menos, sería un buen trecho, bastante retiradito ahí, como quiera. Y, este, se paró. Y no podía hablar el señor; tardó mucho, hasta que lo empezaron a estimular ahí:

—¿Qué tienes?, ¿o qué?, ¿qué?, ¿qué es lo que pasó?

—Ay, hermano, fue horrible.

—Pero ¿qué?, ¿qué?, ¿qué es lo que viste?, ¿o qué pasó?, ¿qué?

—No, dice, estaba allí un señor hecho pedazos.

—¿Cómo?, dice.

—Sí, todo lleno de sangre, bañado, con una chamarra de gamuza. Su cara prácticamente desfigurada, y los brazos todos, todos, estaba todo tasajeado, dice.

—Ay, pero, ¿cómo es posible?

—Sí, dice.

—¿Nos regresamos?

—No, no, eso era algo malo, dice.

Y posteriormente, les pasó a otras personas también. Pero son cosas que sí le llegan, porque son cosas muy fuertes que se dan en el momento, así, y es como un impacto que no espera ver la persona, y de repente se encuentra con eso, y en la noche.

#### 4. [Piedras al acecho]

En pleno día y en ese mismo lugar, eso le pasó a un amigo y a mucha gente le llegó a pasar, pero voy a hacer latente el caso de este, de este, se llama, por cierto, Gerardo; él era muy cuate conmigo, es mayor que yo, ¿eh?

Dice que estaba, hay un fruto por allá que es una trepadora, una enredadera que da un frutito ácido, que es muy rico, por cierto, se llaman *talayotas*,<sup>5</sup> ahí. No sé en otros lugares cómo le llamen, son como una especie de borreguitos. Y, este, dice que estaba trepado en un nopal toda la trepadora, y él se acercó para cortarlos, y allí estaban bajito. Dice que apenas iba a estirar el brazo para cortarlos, y un piedrazo, pero fuerte en el nopal, que casi le pegaba a él, que tiró una penca. Piedra grande. Y se quedó él: “¡Ah, caray!”. Revisó todo, había buen espacio abierto alrededor. Nadie. Dio la vuelta a checar todo ahí alrededor, donde podía haber estado una persona escondida que estuviera observando. Nada. Dijo: “¡Va!”.

Y agarra otra vez a tirar el, a cortar el, los *talayotes*, y otra piedra y rompe las pencas del, del nopal. Y dice que le pasó bien cerquita de la cabeza, así, las piedras. Dice: “Yo sentí que casi me golpiaba”.

Entonces tres intentos hizo y los tres intentos de cortarlos tiraron piedras.

— Entonces mejor los dejé.

Y este se fue, pero se quedó con la incertidumbre. Después preguntaba a la gente que podía haber trabajado allí alrededor.

— Oye, ¿no andabas tú por allí?

— No, ora no, no, no, fui para allá para nada. Y les platicó la anécdota.

---

<sup>5</sup> *talayota*: “planta mexicana de la familia de las asclepiadáceas. El fruto se llama talayote (del náhuatl *tlalli*, tierra, y *avotli*, calabaza)” (enciclopedia-universal.esacademic.com/198034/talayote).



—No, dice, eso ya es viejo, dice, aquí ya nos han pasado cosas semejantes; a ti te pasó con eso, a nosotros ya nos ha pasado de otra manera, pero siempre hay eso, como que algo anda mal por allí.

Yo creo que es como la ambición de una persona, que ha de [ha]ber sido muy ambiciosa y se posesiona de las fuerzas malas, o quién sabe. La verdad yo, uno puede imaginar muchas cosas; la realidad puede ser otra. Quién sabe.

## 5. [El caballo negro]

Unos amigos de mi hermano siempre iban a cazar de noche allí mismo, en Yuriria; a la orilla del lago hay un cerrito que le llaman Coyontle, el Coyontle, este, y les gustaba mucho ir a cazar allí, porque allí había mapaches, y luego los mapaches son bastantita carne. Entonces, este, y ese día no fue él, dice que fue dos de sus amigos, ya no me acuerdo, ah, uno se llama Pedro y el otro, este, le dicen *el Chote*, ya no, Silvestre creo se llama el otro.

Y, este, dicen que andaban allá en la noche. Ah, para esto, aclaro que en ese cerrito hay muchas cactáceas. Hay una que le llaman coyotillo, otros le llaman mangacoyote, que es una especie de cactácea, chaparrita, pero sus bracitos apenas los toca uno, se desprenden y quedan inmersos en la ropa, en la carne, y se meten quién sabe cómo, pero es que tienen inmensas espinas y para sacarlas es un cuete,<sup>6</sup> o sea, es muy doloroso; me imagino que han de tener como las flechitas que entran, pero ya no quieren salir. Diferentes cactáceas, esa es una de ellas.

Pero dicen que les salió un caballo negro y que los empezó a agredir, se les aventaba a agredirlos. Y, este, uno de ellos que era muy especial, los chavos, ya sabe cómo son, que es muy especial la juventud, y que dice:

— ¡Ay, este animal, jijo de quién sabe qué tanto!

---

<sup>6</sup> *es un cuete: 'es un problema'.*

Agarró, ¿no?, y con palabrotas y con su escopetilla que traía le tiró un plomazo al caballo. Peor se enfureció el animal, pero ya más feo, porque ora sí que se presentó como lo que era, yo creo que fuerzas del mal, y se les vino encima, pero así, arrojando así, chorros de lumbre por boca y nariz. Y ellos a correr, y el animal sobre de ellos a matarles, a darles, a pisarlos, pero enojadísimo, dice.

—Corrimos, dice, ¿vas a creer que se volaba los nopales por arriba?

—Ah, cómo crees.

—Sí, se volaba los nopales por encima de él, así: el animal [saltaba] las cercas, lo que se encontraba, dice, y nosotros corriendo.

Llegaron a la carretera, está cerca de allí la carretera, y el chavo este, el Pedro, cuando llegaron a la carretera, pues dice que asustadísimos y jadianes ahí. Platicaba el otro chavo que se había hecho del baño, completamente del susto que se llevaron, porque yo creo que es una impresión muy fuerte, a raíz de un susto.

## 6. [El caballo volador]

En ese mismo tramo había un señor; en el mismo camino, yendo rumbo al Puerto, dice que se encontró a un señor que le dice:

—Oye, Guadalupe, súbete al caballo, ¿pa qué vas caminando?

—No, pero no.

—Anda, tú súbete.

Ya que se sube en las ancas del caballo y se va. Pero dice que el señor, este, que él no sentía, que el caballo no pisaba el piso, que iba volando, y, efectivamente, dice que llegó a un determinado lugar, ah, porque él le decía a este que no.

—Oye, pero por aquí no es el camino, dice.

—Sí, dice, cómo no.

—No, no, no, tú no sé dónde me llevas; este no es el camino.

—Ah, cómo no va ser, si yo camino por aquí diario.

—Este camino no es el que yo debo agarrar siempre. Mira cómo está. Aquí yo no conozco nada.

Siguió. Entonces llegó el momento que dice, porque voltió hacia abajo, que vio alto que dice:

— ¡Jesús, María y José!, ¿qué es esto?

¿No?, dice que cayó y como que, que quedó inconsciente allí. Dice que cuando despertó estaba en un lugar donde no se explicó jamás cómo se pudo meter, porque era un mundo de cactáceas, grandes, así, de nopales. Hay una especie de nopal blanco, que le llaman allá, que es de lo más espinoso, su tuna es muy rica pero muy espinosa. Era como si fuera un círculo de nopales y sin ninguna entrada.

— Cómo es posible que yo me haiga<sup>7</sup> metido aquí, dice. No, no; otra explicación, pues no la puedo encontrar.

Y platicaba él, así, asustado, porque decía que iba a dejar el vino, pero como que el vino siempre le ganó y nunca lo dejó.

## 7. [La guajolota que se apareció en el camino]

Hay un señor, este, que siempre vivió en el mundo del alcohol, de ahí mismo, de Yuriria, Guanajuato. De ahí tenía que caminar a un lugar que se llama El Puerto. El señor iba en la noche caminando; dice que encontró a una guajolota con muchos guajolotitos. Que dijo:

— Pero cómo es posible que ande una guajolota con tantos guajolotitos aquí, en la noche.

Dice que los agarró todos y a un, y traía un morral, y se los echó todos los pollitos en el morral, todos los guajolotitos se los metió en su morral y se los llevó. Y cuando llegó a su casa, este, le dice a su mujer:

— Mira, mujer, ahí te traigo, este, unos pollos y una guajolota que me encontré ahí en el camino.

Y sí, su mujer agarra y destapa el morral donde bía puesto él todos los animalitos. Y dice que no había tales animalitos, que eran puras piedras.

---

<sup>7</sup> *haiga*: por 'haya'.

O sea, en ese tramo de camino hay muchas historias de..., esa guajolota se les apareció a varios, y este, a otros les pasaba algo semejante, pero en diferente forma, por decirlo, porque se les presentaba como un perro negro, y eso como que los agredía y tenían que correr. Entonces, este, como que son cierto, ciertas cosas se quedan como encanto, no sé, o espantos más bien, ¿no?

### **Bibliografía citada**

- MONTERO GARCÍA, Ismael Arturo, 2001. "Buscando a los dioses de la montaña: una propuesta de clasificación ritual". En *La montaña en el paisaje ritual*, coords. Johanna Broda, Stanislaw Iwaniszewski y Arturo Montero. México: INAH / CONACULTA / UAP / UNAM, pp. 23-47.
- MORANTE LÓPEZ, Rubén B., 2001. "El pico de Orizaba en la cosmovisión del México prehispánico". En *La montaña en el paisaje ritual*, coords. Johanna Broda, Stanislaw Iwaniszewski y Arturo Montero. México: INAH / CONACULTA / UAP / UNAM, pp. 49-64.